

CARTA PASTORAL

QUE

EL EXMO. É ILMO.

SEÑOR DON JUAN JOSÉ CORDON

Y LEYBA, OBISPO DE GUADIX Y BAZA

dirige al Clero

SECULAR Y REGULAR

Y

á todos sus Diocesanos.



GRANADA:

IMPRESO POR D. JUAN ESTEBAN ALONSO.

Año DE 1827.

*Væ , qui condunt leges iniquas , et
scribentes libros pessimos , injustitiam
scripserunt. Isai. cap. 10 v. 2.*

NOS EL DR. D. JUAN JOSÉ CORDON
Y LEYVA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA
SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE GUADIX
Y BAZA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA RE-
AL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLI-
CA, DEL CONSEJO DE S. M. &C.

*Al venerable Clero Secular y Regular y
demas fieles, nuestros Diocesanos, Salud y
gracia en N. S. J. C.*

Hacemos saber, que el Rey nuestro Señor, (cuya importante vida guarde el Cielo), sentado en el Trono, que fundaron los religiosos Recaredos, y Pelayos, en su Real orden de 17 de Marzo último, comunicada al Consejo Real, por medio del Exmo. Sr. Gobernador de él, excita el celo Episcopal, y el de todos los Ministros del Santuario, para la persecucion, y esterminio de todos los libros perversos, que han inundado nuestro pais en el tiempo de nuestras desgracias. Estamos sumamente persuadidos y penetrados de que el cuerpo Episcopal y Sacerdotal habrá correspondido á la augusta voz del Monarca, uniendo sus ardien-

tes sentimientos á los de un Soberano, que no desea otra cosa, que el bien espiritual, y temporal de sus vasallos. Todo hombre sensato, y religioso de toda clase, y gerarquía, y la Nacion Española en masa debe dar gracias al todo-Poderoso, y alabar las virtudes religiosas del Rey, que con tanto iateres, y amor defiende su religion, y la de nuestros padres, como unico refugio, y Arca de Salvacion, que debe librnarnos del peligroso naufragio, con que la Nacion, y toda Sociedad christiana se halla amenazada. Seríamos muy reprehensibles ante la presencia de Dios y del Soberano, si como Obispo, si como Sacerdote, si como Vasallo no cooperasemos á realizar las rectas intenciones del Padre de la Patria, anunciando á nuestra Grey los grandes peligros que la cercan por la inundacion inmensa de libros impíos, que los enemigos del Trono y del Altar han propagado en nuestro desgraciado suelo, intentando con un ardor, casi infatigable, introducir nuevos escritos, para ver si pueden completar nuestra ruina. Seríamos muy desgraciados, si los temores del siglo ahogasen nuestra voz en los momentos mismos, en que atrevidas manos tratan de atacar al Arca del Señor, y al Angel que con la espada en la mano há de destruir á

los profanadores. La púrpura, con que Dios Nos ha revestido, nos advierte de dia y noche, que en todo tiempo, y hora debemos estar prontos, no solamente á hablar, y gritar, sino á verter nuestra propia sangre por la causa de Dios y del Soberano. En todos tiempos el Clero Español há dado exemplo de este ardiente celo, del que jamas se ha retrahido, por mas peligrosa, que haya sido su situacion. La recoleccion de sus deliberaciones en las Asambleas de los Obispos Españoles será en todo tiempo un célebre monumento, que honre su fé, y religion. Si esta es atacada por las heregías de Ario y de Prisciliano, de Lutero y de Calvino, al momento mismo los Prelados, unidos, y penetrados de dolor, y llenos de lágrimas llevan sus quejas á los pies del Trono, y hacen presente á nuestros Reyes la obligacion que hán contraido, y han jurado á su exaltacion al Trono, de proteger la Religion Católica, Apostólica, Romana, como la recibieron de sus predecesores, ó fundadores. Si las costumbres públicas se depravan, conmovidos de este signo funesto, hacen presente á los Magistrados, y á los Poderosos de la tierra, que serán responsables ante el Tribunal de Dios de las consecuencias fatales de aquel mal. Asi todo

lo vemos en los Concilios de Toledo, Sevilla, Zaragoza, y demas celebrados en nuestra Peninsula. Y ¿podrá el cuerpo Sacerdotal entregarse á un silencio, reprehensible á vista de los funestos males, que hémos experimentado, y que de nuevo nos amenazan? ¿Podrá oír sin estremecimiento aquella voz espantosa »Desgraciado de mi porque he callado!» ¿Podrá callarse á vista de tantos libros impíos, que corren por todas partes, sin que el celo Episcopal, ni el Sacerdotal, ni aun el de el Soberano, ni fuerza armada sean bastantes á contener esa irrupcion, que amenaza nuevos desastres al Trono y al Altar? Los gritos de una fé constante y firme, se llama ya ecsageracion y celo indiscreto, que asusta y aterra las conciencias, sin haber un justo motivo para ello. La tormenta, dicen, ha pasado, y no hay nuevos motivos para temer. Si; es verdad; há pasado; se há paralizado en su fuerza fisica; pero toma nuevos incrementos en su fuerza moral, en donde se descubre el verdadero secreto de su vocacion y mide toda la estension de su poder. Há mudado de conducta, de tono y de lengua: de material ha pasado á ser intelectual. Ahora solo se dirige á los espíritus: la corrupcion intelectual há reemplazado á la insurreccion material, y en lu-

gar de armas emplea libros impios, obscenos, y doctrinas perversas, como el medio mas seguro para repetir á su tiempo sus ataques, y preparar un campo, en que no les ocurra dificultad alguna, para lograr sus funestos triunfos.

Toda Sociedad asi Religiosa, como política, vive de principios y doctrinas comunes é invariables. Si estas se destruyen por los malos libros, la Sociedad por una consecuencia necesaria há de perecer y se ha de disolver, acaso con una rapidez de que la historia no tiene egemplo. Este es el objeto á que se dirige toda la sabiduría y filosofia espantosa de nuestro siglo. Veamos sin pasion, y con aquella tranquilidad de espíritu que dicta la razon, qué es lo que nos enseñan esos libros: veamos si hay en ellos una sola doctrina en que convengan, sino en la de conspirar á la destruccion total de cuanto se nos ha enseñado desde el principio del mundo, y bajo cuyos auspicios se han conservado las Sociedades. En ellos no se vé mas que una anarquía, para que cada hombre afirme su opinion, y no convengan en una regla comun, que es lo que destruye los Imperios, y amenaza la disolucion de los mas bien constituidos. Esto profetizaba la Asamblea del Clero de Francia á su Rey, á quien, aunque

justo y cristiano, habian sobrecogido las ideas
 que algun dia habian de derribar su propia co-
 rona, lisongeandole, con que la propagacion de
 las luces harían al Trono feliz. » Es posible, Señor,
 » le decian, que por no subyugar el progreso de
 » las luces del espíritu humano, ha de ser per-
 » mitido que todo se destruya? ¿ La libertad de
 » escribir no há de tener límites, y no há de ha-
 » ber nada sagrado para ella.? ¿ Se han de pro-
 » pagar, y se han de hacer públicos los delirios
 » de unas imaginaciones extraviadas, que lejos de
 » ser necesarios á la propagacion de las luces,
 » y á los adelantamientos del género humano, lo
 » han de retardar y han de ser causa de males in-
 » calculables? Esta fatal libertad de escribir há
 » introducido entre esos Isleños nuestros vecinos
 » una multitud de sectas, de opiniones y de par-
 » tidos, un espíritu de independendia, y de rebelion,
 » que muchas veces há conmovido el Trono, y lo
 » há ensangrentado. Igual libertad producirá entre
 » nosotros efectos los mas funestos. Ella encontrará
 » en la inconstancia de la Nacion, en su actividad,
 » en su amor por las novedades, en su ardor
 » impetuoso, é inconsiderado los medios mas á pro-
 » pósito para hacer nacer las mas espantosas re-
 » voluciones, y precipitar á la nacion en la mas

»horrorosa anarquía. No permita Dios, que V. M.
 »tenga un justo motivo de arrepentimiento. Ella
 »há alterado la bondad del caracter nacional: há
 »introducido en casi todas las clases, costumbres
 »y máximas, desconocidas á nuestros padres, cuya
 »fidelidad y amor por sus Reyes há sido el dis-
 »tintivo, que en todos tiempos há caracterizado
 »la Nacion,» Esto hacía presagiar al clero Francés
 acontecimientos terribles. Los Pastores y Predi-
 cadores en sus instrucciones y Sermones no
 cesaban de señalar la proximidad de la tempestad,
 sin tener otros indicios de ella, que la licencia
 desenfrenada de los malos libros, que por todas
 partes se esparcian. En medio de todos los signos
 de dolor de los Obispos, y Clero se oyó aquella
 vez formidable del Abogado general Sequier, Ma-
 gistrado animoso, fiel á su nombre al Trono de
 sus Reyes, y á la Iglesia de Jesu-Cristo, y
 cuya memoria se presenta vivamente á los verda-
 deros, y fieles franceses, siempre que ha sobrevenido
 á la Religion una nueva calamidad. »En medio de
 »nosotros, decía en su Requisitorio contra los má-
 »los libros, en medio de nosotros se há levantado
 »una secta impia, y atrevida, que ha condeco-
 »rado su misma falsa sabiduría con el nombre de
 »filosofía: Sus partidarios se hán erigido en Pre-

„ceptores del género humano: libertad de pensar
 „este es su grito: Con una mano intentan ellos
 „destruir los altares, y con otra el Trono: Su ob-
 „jeto es destruir toda creencia..... Ved aqui la
 „revolucion obrada. Los prosélitos se han multi-
 „plicado, las máximas perversas, é inmorales se
 „han esparcido: los Reynos todos tiemblan sobre
 „sus antiguos fundamentos: las Naciones asus-
 „tadas, al encontrar sus principios destruidos, no
 „se conocen á sí mismas: los que estaban des-
 „tinados por la providencia para ilustrar á sus
 „contemporáneos, se hán hecho cabezas de los
 „iacrédulos, y han desplegado la bandera de
 „la revolucion, haciéndose célebres por este estilo
 „de independendia: una multitud de escritores
 „oscuros, y despreciables, que no podian hacer-
 „se célebres por sus propios talentos, lo hán pre-
 „tendido conseguir, manifestando el mismo ardor y
 „espíritu de independendia” Parte del Parlamento
 estaba ya tocado de estas máximas, y cooperaba
 con los filósofos á la ruina del Estado. „Ma-
 „gistrados, decía, cuando el germen de la
 „corrupcion, inmoralidad, é irreligion se pro-
 „paga en la sociedad por la mano de los que
 „gobiernan, tarde ó temprano se desenrolla con
 „una espantosa energía: Cuando nada existe sagra-

do para la autoridad , cuando ella se burla igualmente del vicio, que de la virtud , y de todos los deberes y consideraciones, la revolucion está cerca, la Autoridad comunicada queda destruida, y la Sociedad abandonada al capricho de la multitud. El Gobierno debe temblar de tolerar en su seno esta secta , tan ardiente , que no tiene otro objeto que sublevar á los pueblos contra los Tronos bajo el pretexto de ilustrarlos." Tal es el language de la fidelidad, y del honor en aquellos tiempos de triste memoria que ofrecen una fatal conformidad con la época presente. Es preciso no disimular, ni callar. Nada ofrecía entonces un caracter de corrupcion , semejante , al que se experimenta en el dia. Entonces, es verdad, había teorías temerarias , lanzadas en el público: había un gran desorden en las doctrinas, una gran perversidad en las acciones; pero esta degradacion se contenía dentro de cierta clase de la sociedad, que yá por desgracia há cundido en todas. El contagio há cundido en todas las Naciones y hasta en nuestros desgraciados paises, y hemos visto y experimentado sus funestos efectos, causándonos desastres tan espantosos, que su memoria nos hará derramar lágrimas de sangre por muchos siglos. Y si hemos sido libertados por un efecto de la misericordia

del todo-Poderoso, debemos confesar, si es que un nuevo sopor, y letargo no se há apoderado de nuestras almas que el mal sin embargo há criado profundas raices, y es preciso un poder sobrenatural, para arrancarlo, y poder entrar en el camino, que Dios nos há señalado, y que abrieron nuestros padres á costa de su sangre y de sus virtudes. Es preciso no callar. El mal y depravacion de costumbres crece aunque con mas disimulo é hipocresía: los libros impíos y obscenos corren con abundancia; se propagan sus pésimas doctrinas, se comunican sus falsas, é infernales ideas entre el pueblo fiel: la juventud incauta y pervertida los busca con furia: poco á poco se va refinando y extinguendo la fé y el amor al Soberano, dejando un campo abierto, para que la impiedad pueda repetir sus golpes, y encontrar apologistas, y agentes en todas las clases del Estado, que sostengan sus execrables proyectos, para completar su obra, y nuestra ruina. Aun por los buenos debemos temprar, pues el contacto, asi en lo físico como en lo moral, siempre es muy temible.

Desgraciados de aquellos, dice el Espíritu Santo por Isaías (1) que leyendo libros impíos propagan la inmoralidad y forman leyes inicuas! Desgraciados de aque-

llos, que nombrando el mal bien, y el bien mal, llaman á las tinieblas luz, y á la luz tinieblas! Desgraciados de aquellos, que sabios á sus propios ojos, celebran su misma prudencia! ¿Cual será su suerte cuando Dios los llame á juicio y se les acerque el dia terrible de él? Y ¿será posible disimular y callar sin advertir, ni despertar á los que viven en este letargo, y esperar á que solo los avive el grito de la revolucion, como yá lo hemos experimentado? ¿Podrán dormir con un sueño tranquilo aquellos, á quienes está encomendada la salud de las almas, y la tranquilidad y seguridad del Estado? ¿Podrá verse con indiferencia, corromperse la juventud por los malos libros, y en ella las futuras generaciones? pues la incredulidad é inmoralidad adquirida én la juventud, jamas se pierde. ¿Se podrá disimular, y callar, y no advertir á los padres y tutores los grandes peligros, á que exponen á sus hijos y clientes, sin saberlo, con los malos libros? El error favorece las pasiones de toda juventud: él los convida, los lisongea, les ofrece esperanzas alhagueñas, gozes y pasiones criminales, que cuando quieren despertar, y el gobierno los llama para sí, ya no encuentra en ellos mas que, monstruos, que añaden muchos males á la sociedad, á la que, al mis-

mo tiempo, que ellos se corrigen, la corrompen yá sin esperanzas de remedio.

Las sociedades humanas viven, ó mueren segun las doctrinas de los hombres, que las gobiernan y dirigen. La juventud, que hoy se cría, precisamente há de ocupar mañana, ú otro día los grandes y pequeños destinos de la Nacion. Si sus corazones, yá por desgracia se hallan corrompidos ¿qué puede esperarse de ellos sino desgracias y desastres? La esperiencia, que es la madre de la verdad nos grita continuamente: Españoles, ¿Quien son los que hán propagado los males, que han arruinado nuestra patria: sino aquellos, que, leyendo libros emponzoñados, hán proclamado sus pésimas doctrinas? ¿Esperais, acaso, que vengan los muertos á enseñaros, en el tiempo en que los gritos de los sepulcros no alcanzarían yá á remediar, y corregir los corazones? ¿Gran Dios! ¿No há sufrido bastante la Nacion Española, que se ha de ver forzada á sufrir esta nueva hostilidad? Apenas habrá una sola calamidad de las que han contribuido á nuestra desolacion, que no tenga su origen en este azote fatal de los malos libros.

Nuestra Religion, y el Estado se hallan amenazados::: reclaman en el día defensores: hacen un verdadero llamamiento á todos, á quienes há

unido la fé de Jesu-cristo y el amor á su patria y á su Rey. La fuerza y fé que aquella, y esta piden, no son las de los débiles del siglo, no son aquellas que se afligen, lloran, suspiran, tiemblan, que se ocultan y callan, que todo lo temen. Lo que Dios quiere de nosotros es una fé, y una firmeza, que se nombre, se muestre, hable y combata, que no tema ninguna amenaza, que el temor no haga callar, cuando se defiende la verdad; que es util y necesaria á la salud de nuestra patria: una fé y fuerza ilustrada, que manifiesten al mundo los designios, las asechanzas, maquinaciones y esperanzas de los impíos: que hagan ver á los pueblos, los peligros, y los abismos, á donde la perfidia intenta conducirnos; y corra el velo, bajo del cual se ocultan males, que, aunque nos hagan estremecer, nos exciten á libertarnos del naufragio: en fin la fé y valor de nuestros padres.

Cuando Lutero arrojó en el seno de la Iglesia el rayo de la discordia, la cristiandad, y aun la misma Roma, no miraron atentamente esta primera llama, que muy pronto debia producir un vasto y desastroso incendio: no vió en este nuevo apóstata, mas que un loco, y un brutal lascivo; pero la extravagancia de su empresa asegu-

ró al instante la posibilidad del suceso. El Clero Español, solo por su saber, é ilustracion, era el mas distinguido de toda la Europa: conoció el peligro: imploró la proteccion del Gobierno: él solo contuvo con su celo, con su ardor y con su saber los males inauditos, que amenazaban á nuestra Patria. Esta pudo conservar su fé intacta; firme, y estable la corona de sus Príncipes: los caminos por donde podia venir la ponzoña fueron obstruidos: los malos libros no tuvieron entrada: sus doctrinas fueron combatidas por el Clero Español, y en prueba de ello, véanse las infinitas obras del siglo XVI. El fue la gloria é ilustracion del Concilio de Trento: su saber y sus virtudes fueron el ornamento de aquella ilustré Asamblea, para siempre memorable: á su zeló ilustrado se debió, que, por espacio de 300 años, no entrase en nuestra patria ninguna clase de herejía, ni religiosa, ni política. Casi en toda la Europa los Tronos temblaron ó cayeron, ó se ensangrentaron: corrieron rios de sangre, y solo nosotros fuimos felices sin experimentar este daño, porque las pérfidas doctrinas no pudieron penetrar en nuestra patria. Entonces se afirmó un tribunal, hoy combatido, y calumniado, (á cuya ruina se ha oido un grito de alegría por la

impiedad en los cuatro ángulos de la tierra) sin advertir que las leyes son relativas á la posición de los pueblos, á su genio y costumbres y que no deben ser juzgadas segun los principios generales. Pero ¿acaso necesitamos buscar egemplares en el siglo XVI cuando, toda la generacion presente ha visto por sus propios ojos, lo que la historia anterior ignora? ¿Que es lo que era la Nacion Española en el año de 1808? Un pueblo generoso, fiel al Dios de sus padres, fiel á su Soberano que se levanta todo en masa para defender el Trono, se irrita solo al pensar besar la mano á un vagabundo, que sin tener una gota de sangre española, se quería erigir en Rey suyo: un pueblo sin tesoro, sin armas, sin gobierno, estrangero al arte de la guerra, se egercita sobre el campo de batalla, se hace aguerrido por las victorias, encontrando en los campos enemigos el instrumento de nuevos triunfos: que abandonado asi mismo, mas fuerte por la causa que defiende, detiene y destruye egércitos numerosos, que la Europa entera cree invencibles; los dispersa, los afrenta, é impone leyes de paz: en fin muestra al mundo todo, hasta que grado puede levantarse el heroismo del honor, cuando éste se apoya sobre la Religion, y sobre el amor de sus

Reyes. Nosotros vimos aun mucho mas de lo que refieren las historias de Griegos y Romanos, pues vimos centenares de Amazonas, que escapadas al privilegio de su sexo, resistiéndose varonilmente, desafiaban á la muerte en el campo de batalla, y contemplaban sin miedo los calabozos, y la muerte misma: vimos tantos pueblos destruidos, tantas fortunas arruinadas, tantos hijos sin padres, tantas viudas desoladas, que no encontramos por todas partes mas que escombros, no dabamos un solo paso sin pisar un cuerpo de un mártir, que contento y alegre había muerto, ofreciendo su corazon ecsaltado al nombre de la Religion y del Rey.

Volvamos los ojos á lo que vimos en los años de 1821, 22, y 23. Esta mudanza estraordinaria esta metamorfosis, casi inesperada ¿ á que otra cosa se debe, sino á los malos libros y malas doctrinas, que con tanta profusion principiaron á derramarse en los años de 1810, 11, y 12 y parte del 13, y continuó sin interrupcion, sorprendiendo el celo y actividad del Gobierno, para abortar el escandaloso proyecto del año de 1820? No permita Dios, que nuestros labios se abran para denigrar una patria, que aun todavia conserva en su seno millones de hombres, que

como otros Matatias, se hallan dispuestos con un celo heroico, para defender sus leyes patrias, su Religion, y su Rey. En los mismos campos se encontrarán héroes, que vestidos con pieles de humildes animales, manifestarán corazones de héroes: hablamos de ese pueblo de sencillos labradores, acaso los mejores amigos de Dios y del Rey: á quien, no ha podido seducir la perfidia, que con tanto ahinco, ardor, y astucia hà procurado inficionar sus fieles, y leales corazones, pues casi son increíbles, los amaños, las lisonjas, las futuras esperanzas para alivio de sus miserias, con que se les hà procurado atraer al partido de la inmoralidad. Esta parte de la Nacion, la mas pura, y desgraciadamente empobrecida aun toda via se indigna, se irrita, se ecsalta, y aun pide armas para hacer frente á la felonía é impiedad. Nosotros mismos lo hemos visto en nuestros propios hogares, cuando el enemigo quiso hacer nueva tentativa en nuestras costas. Ellos se presentan al campo, hacen frente al enemigo, lo destruyen, lo aprisionan, lo entregan al Gobierno, y sin pedir distinciones, ni grados ni aun solo bocado de pan, vuelven á sus casas á continuar sus humildes tareas, cantando las alabanzas de Dios y ecsaltando el nombre de su Rey.

Sacerdotes del Señor! En todos tiempos hasta la consumacion de los siglos, los que defienden la fé de Jesucristo y la doctrina que nos enseña, tendrán siempre infinitas contradicciones, y peligros, que superar; pero un grande celo y un íntimo convencimiento de nuestros deberes jamás será turbado por las tempestades que se forman contra el edificio eterno: jamás debemos dudar por quien quedará la victoria. En nuestros días la verdad y el error viven en una cruel guerra: nunca jamás la ecsaltacion del error ha sido mas cruel, mas activa, y permanente: se vale de quantas armas el infierno, reunido, puede sugerirle para lograr sus victorias. El Mundo se halla dividido, y es preciso servir á Dios ó á Satanás, por que la suma sabiduría nos enseña, que no se puede servir á dos Señores. No hay temperamento, moderacion, caridad, ni virtud alguna que pueda conciliar el servicio de uno y otro. No puede haber temperamento entre los hierros que encadenan al esclavo, y el esclavo encadenado: no lo puede haber entre el tigre que devora, y el cordero de quien hace presa. La filosofia cuando se vé abatida, invoca las virtudes cristianas: quiere temperamento y paz, nos adormece, nos llena de un sopor extraordinario: ofrece recom-

eliliaciones que nunca cumple: se escusa de su error muchas veces, lo confiesa rara vez, y solo con los lábios. Por tiempos parece que está dormida, olvidada y destruida; pero esta es una enfermedad que tiene sus periodos, y tambien sus tiempos en que levanta su cabeza erguida. Para seguir su carrera de ruina, se le vé acercarse á la cátedra del Espíritu-Santo, oír y espiar las doctrinas evangélicas, se manifiesta compungida, hace apuntaciones (acaso para perseguir algun dia á sus Ministros) pero muy pronto, porque es impaciente, como el espíritu que la anima, descubre y manifiesta su corazon, y todas nuestras esperanzas se hallan disipadas, y nuestra fé, y celo, engañados, y seducidos.

Veamos lo que pasa en estos dias de luto y compuncion, y penitencia. Cuando el Padre de los Creyentes abre los tesoros de su divina misericordia, y convoca al pueblo cristiano á recibir las piedades de todo un Dios, el espíritu filosófico echa espumas de ira, y se enfurece: lleno de rabia, y cólera hace correr libelos espantosos sobre la cabeza visible de la Iglesia, contra las indulgencias, tratando de supersticioso á un pueblo cristiano, que lleno de dolor y contricion, pide al todo-Poderoso el perdon de sus pecados,

y felicidad para su Patria y vida para su Rey: porque la filosofía no perdona ni aun los dolores que ella ha hecho nacer; hasta el dolor de los pecados es una culpa imperdonable para ella. Nada es respetable para estos hombres, que han cerrado sus corazones á las santas inspiraciones de la Religión. Estos libros, esparcidos con tan perversas ideas, manifiestan muy claro el odio, y animosidad, que encierran en sus corazones, aun á las misericordias de Dios. No perdonan á su mismo Rey cuando sale de su Real Palacio á participar de las gracias del Santo Jubileo acompañado de su Augusta Esposa, de este Angel, que con su devota conducta, su piedad y religion la mas acrisolada, hace ver á su sexô, que la modestia, y la devocion es el mayor adorno, y gloria de su clase: de esa Augusta Reina de quien se puede decir, que es de aquellas, que obedecen á su esposo, segun la expresion del libro de Judith, que es el mayor elogio que hace el Espíritu-Santo de aquella heroína libertadora del pueblo de Israel. En un siglo tan fértil en escándalos, el cristiano es feliz, en fixár de tiempo en tiempo sus miradas sobre estas escenas consoladoras. Sí: sobretantas cabezas destinadas á ceñir coronas, déponer todo el fausto que las acompaña, humilladas y

postradas ante la presencia del Rey de Reyes apreciar mas la cualidad de cristianas, que la de Soberanas, confundiendo con su conducta egemplar, y religiosa la impiedad de esos hombres, que tienen á menos romper los respetos humanos, y buscar la misericordia de un Dios, que los convida á penitencia, y á que despertando del mortal olvido de sí mismos levanten sus ojos á la Patria celestial, cuyas puertas, parecen, cerrarles su propia obcecacion.

En este mismo tiempo, con qué profusion verdaderamente diabólica, con qué rabia infernal, se propagan millares de libros, que vomitan el veneno de todas las calumnias, y las doctrinas blasfemas, subversivas de la tranquilidad de los pueblos, de los Tronos, y de todos los gobiernos. Veamos esa impura mezcla de licencia en las costumbres; esa audacia en la impiedad; esa iniquidad, rabiosamente combinada, y las mas veces oculta bajo el celo aparente de ilustracion! ¿No es verdaderamente esta ponzoña de la que habla el Profeta, llamandola veneno del aspid, mezclado á la hiel de dragones? *Fel draconum vinum eorum et venenum aspidum insanabile.* (1) ¿Como podrán escapar las generaciones futuras y presentes, á estas seducciones que se presentan á las puertas de la vi-

(1) Deuter cap. 32.

da social, á una juventud reciente, y ya casi sin vida, que aplica con una sed ardiente sus labios á estos vasos empozoñados de Babilonia! ¿Y estos escándalos no han de tener fin ni término? ¿No se cansarán las manos inicuas de preparar semejantes daños, produciendo las antiguas blasfemias, inventando otras nuevas? ¡Qué! ¿El nombre adorable de Dios, y de Jesu-Cristo, delante del cual toda rodilla se postra en la tierra, y en el cielo, no há de cesar de ser insultado en esos infernales, y pésimos folletos, y á la faz de un Reyno todo cristiano y Católico? ¿Es posible que prodigios de bondad, y de clemencia, han de ser pagados con prodigios de ingratitud, y que en esta nueva lucha entre la Misericordia y Justicia de un Dios, cansado de la multitud de nuestros pecados, la Misericordia, como vencida, nos há de abandonar sin esperanza alguna de egercér sobre nosotros su benigno influjo?

El Supremo Gefe de la Iglesia desde la Cátedra del Espiritu-Santo, desde esa Cátedra de verdad, enrasados sus ojos en lágrimas, nos habla á nombre de Jesu-Cristo, y nos confirma á que arrojemos de nuestras manos esos libros inicuos y licenciosos; á egemplo de los primeros cristianos, que buscaban, con un ahinco y celo incalculable,

los libros, que contenian doctrinas frías, y mentirosas, y los entregaban á los Apóstoles, para que fuesen pábulo de las llamas. ¿Habrá un sólo católico, dice el Padre de los creyentes, cuya fé y costumbres hayan hecho tan deplorable naufragio, que no sacrifiquen al Señor las abominaciones de los Egipcios? Nuestros mas caros intereses, nuestros deberes los mas sagrados, dicen., lebantando su voz agitada; ¡Salvacion nuestra, y de nuestras familias! La mayor parte de nuestros colegas en el Obispado Nos han indicado este azote devorador; mas siendo como somos centinela de Isrrael, puesta por el Señor para guarda de la moral y de la fé; ¿Podrémos callar, y no arrojar el grito del alarma, cuando los peligros, cada dia se aumentan, y las malas doctrinas corren, y penetran hasta los talleres del artesano, hasta las chozas del pobre, y sencillo habitante de las campiñas, hasta en las cabañas del pastor? Último delirio á que puede llegar la perfidia, para corromper esta masa la mas util, la mas noble, la mas interesante al Estado (pues corrompida ésta; ¿habrá Gobierno que pueda contener los desastres y ruinas?); y lo que es mas infame, para privarla de la religion, que es su único consuelo en todas sus desgracias, y mise-

rias, y conducirla hasta una desesperacion horrible, y lograr perder unas almas, que parecen destinadas por la Providencia por sus muchos padecimientos á una felicidad eterna.

¿No vemos con que empeño se procura corromper á la juventud en los Colegios y Universidades, como si digéramos, corromper las futuras generaciones? Y ¿les dexaríamos este funesto y deplorable legado de nuestra inaccion, de nuestro descuido, y del olvido total de nuestras obligaciones? ¿olvidaríamos, que en los tres años de nuestras desgracias, se establecieron en muchas Ciudades, gabinetes de lectura, en los que por cuatro cuartos se daban á la juventud todos los libros de iniquidad, en los que se propinaba, y autorizaba el olvido de todas las obligaciones divinas y humanas? ¿De estos talleres, como de otros, no vimos salir una multitud de jóvenes, que fueron el escandalo y oprobio de su patria? ¿No tenemos ya jóvenes educados segun Dupuy, Volney, Voltaire, Rousseau, Diderot, Dualre, Serati, Benjamin Constant? ¿No vemos nuestros pueblos llenos de esos pajaros parleros, que jamás han leído el Evangelio, ni un Catecismo, y si lo leyeron, olvidaron su doctrina? Figemos nuestra vista sobre nuestras Villas, y Ciudades. Ellas son

pobladas de una nueva raza de juventud, que inspira una inexplicable lastima. Prematuras victimas de doctrinas homicidas rodean nuestras plazas públicas, las calles, y nuestras habitaciones, como los espectros de la muerte, y los simulacros de la nada. Su solo aspecto aflige el ojo, y sobre todo penetra el alma del mas profundo dolor; pues cree percibir una de aquellas sombras criminales, á quien la justicia divina permite salir de los sepulcros, para asustar, y detener sobre el borde de los abismos, á aquellos que serian tentados á imitarlos, y precipitarse en ellos. Entregados á brutales apetitos, llevan impresos sobre su frente todos sus funestos efectos. Sin susto alguno por lo futuro, sin ningun consuelo celestial, sin esperanza, sin remordimientos, no existen sino para los sentidos, y estos ya casi lánguidos. Su inteligencia está tan oscurecida, que apenas manifiesta algunas débiles luces, que muy pronto van á disiparse en las tinieblas de la duda, y del vicio, el cual cada dia los acorta en número asombroso, casi á la entrada de la vida. ¡Desgraciada juventud! Ya envejecida en una corrupcion sin límites, llena de necesidades, busca por todos los medios algun alivio á sus miserias, y pasiones, yá en la carrera de la milicia,

yá en la de tentas y demas destinos de la sociedad; y aun hasta la Iglesia, pues todo le es indiferente con tal que pueda sostener una existencia, que viciada ya, es una carga insoportable. Si estos monstruos se escapan á la vigilancia del Gobierno, á quien por todos medios procuran engañar; de semejantes seres ¿que puede esperarse sino desastres y peligros? De esta clase se salen esos nuevos Catones, que en una edad, en que principia la vida, la sacrifican: de ellas nacén esos suicidios, que solo uno de ellos causaba en otro tiempo un espanto horrible, no solo á una Ciudad, sino á todo un Reyno: que llenaba de afliccion la mas profunda, á las almas sensibles, y cristianas. Y asi se han visto, hombres que buscan su gloria en el asesinato, en el latrocinio, y en todo género de perversidad, pues hasta en el cadahalso manifiestan una risa, como que desafian á la muerte; risa espantosa, de la que aun el mismo Cielo parece, que se entristece. Y ¿habrá algun hombre de bien, que no gima sobre el estravio del género humano, y que no tenga que llorar la perdicion de un amigo, de un pariente, de un hijo por esta doctrina de los malos libros? ¿No vemos millares de padres, que lloran sus desgracias, al notar la corrupcion

espantosa de sus hijos, y las calamidades que han traído á sus familias?. Lloran, callan, ocultan cuanto su amor paternal les sugiere. Piden á Dios su enmienda; pero ya inutilmente. Su descuido, reprehensible, ha traído estos desastres, y millares de madres desearian se cumpliese en ellas aquella sentencia del Espíritu Santo: Bienaventurados los vientres que no engendraron.

El Sacerdote, el Magistrado ¿podrán vivir tranquilos á vista de esta calamidad, que precisamente há de destruir la vase de los deberes domésticos, y del órden social? Tiempo llegará, y no está lejos, en que las verdades, eternas como Dios, cesarán de ser objeto de burla insensata y necia: en que la mano inexorable de Dios; y su Justicia, que no muere, ni morirá jamás, se hará sentir con síntomas de sangre sobre una tierra desierta y desolada. Entonces se conocerá, que el mundo necesita otros libros, y otras leyes que las escritas por los legisladores de los siglos 18... y 19. Funesto cumplimiento de la palabra del Profeta, puesta en la boca de los impíos: *posuimus mendacium spem nostram, et mendacio protecti sumus*: nosotros pusimos la esperanza en la mentira, y la mentira nos ha protegido. Mas el verdadero cristiano no

se amedrenta por el ruido de estas tempestades, porque al fin sabe por quien há de quedar la victoria.

La Sociedad es un cuerpo moral, decia S. Agustin; la Religion es su salud; la Monarquía su fuerza; sus bienes sus virtudes; la guerra, la peste, y el hambre no podrán jamas destruirla; pero un mal libro todo lo puede trastornar. Un Rey mártir nos dió un verdadero testimonio de esta verdad, cuando al visitar en el Templo los archivos del orden de Malta, en ellos encontró las obras de Voltaire, Rousseau, y Diderot. ¡Ah! decia: éstos hombres han perdido á la Francia, y acaso perderán al mundo entero: entonces señalando al libro de Diderot intitulado » el furioso de la libertad » en que incita á los pueblos al asesinato de los Sacerdotes, de los Reyes, de los Magistrados, de los Nobles, de los Ricos, y de toda Autoridad, hasta la paterna, se le humedecieron los ojos, y no quiso continuar la visita de los archivos. ¡Ah! Continuaba: ¿Es posible que este impío haya enseñado que para establecer la libertad fantástica, que no es mas que una esclavitud, haya de perecer la tercera parte del género humano? ¿Cual hubiera sido su sorpresa y sus lagrimas, si Dios por sus altos juí-

cios, como le reveló la pérdida de la Francia, le hubiera revelado, que en estos diez años últimos se han hecho 35 ediciones de las obras de Voltaire, que componen cuatro millones, y doscientos mil volúmenes, cuyo costo, en impresion y papel, moderadamente valuado, sube á cuatrocientos millones de francos! ¿Podrá creerse una venta de veneno esparcida por toda Europa, y por todo el mundo, á tanta costa? ¿Podrá computarse la parte, que nos habrá tocado á nosotros, vecinos de esta profusion de impiedad? ¿Podrá creerse que en solo en el año de 1825, se publicaron mas de cien obras, que aun á referir sus títulos, se resiste toda religiosidad, toda humanidad y pudor natural, y que muchas de ellas, ó las mas han pasado los Pirineos? Yo no lo digo, pero si lo publica el nuevo Apostol de Francia, el Obispo de Amiens en su carta Pastoral sobre el Jubileo, publicada el día 18 de Marzo de 1826. Y ¿podrán estar tranquilos los Magistrados, y todos aquellos á quienes se ha confiado el depósito de la moral, y seguridad de los pueblos y del que han de dar muy estrecha cuenta al Juez de vivos y muertos? Y qué; ¿Podremos librarnos de esta peste devoradora, que ha de consumir los pueblos, y las sociedades sino se

hace un foso y una muralla, que llegen desde lo profundo de la tierra hasta el mismo cielo? Estamos muy bien penetrados, que la apatía, é indiferencia es el mayor pecado de nuestro siglo, y que todo se quiere dejar á cargo de los Gobiernos. Vendrán los peligros, nos dicen; pero los Gobiernos sabrán conjurarlos. Vendrán los peligros ¡gran Dios! ¿Y cuando estos peligros hán sido mas numerosos, mas públicos y mas incontestables? ¡Desgraciado el pais, donde todo lo que se haga bueno ha de depender del Gobierno! ¡Desgraciado el pais donde los ciudadanos sean meros espectadores de las calamidades de su patria, y no contribuyan con toda su fuerza á la felicidad comun haciendo frente á los peligros! ¡Desgraciado el pais donde los hombres de bien no se unen todos á su Rey para evitar ruinas y desastres!

El Espíritu-Santo nos enseña, que cuando Dios quiere embiar una calamidad sobre los pueblos, un espíritu de vertigo la precede. Él quita la inteligencia á los Magistrados y Pastores: él ciega las centinelas de la verdadera doctrina: ellos nada saben; sus pasos son inconstantes, y llenos de peligro; se nutren de ideas vanas, y se divierten en sueños hasta que el trueno de la tem-

pesta'd los despierta; y entonces cada uno, confuso y sin guía, toma distinto camino. »Yo los embriagaré, nos dice el Señor por Isaias (1) »para que se duerman pero su sueño será eterno »y jamás se levantarán. *Inebriabo eos ut sopiantur, et dormiant somnum sempiternum, et non consurgant, dicit Dóminus.*» Bien sabemos que el egoismo y la mala fé continuamente pública, que la Autoridad no puede evitar este mal. Ah! Entonces sería menester dejar un pais de donde la perversidad no puede ser desterrada. ¿Ignoran acaso lo que nos dice la eterna sabiduría: »Que solo el espíritu de los labios del Rey destruirá la iniquidad é impiedad, spiritu labiorum ejus interficit impium (2)? ¿Ignoran lo que nos dice el libro de los Proverbios, (3) que el Rey, sentado en el trono de la justicia, disipará todo mal »con una mirada, *Rex qui Sedet in solio judicii dissipat omne malum intuitu suo?* y que á su »Autoridad toda divina, porque dimana de un »Dios, nada es imposible, porque ella sola legi-

(1) Cap. 25.

(2) Isai. cap. 11 v. 4.

(3) Cap. 20 v. 8.

timamente establecida, goza de este espíritu de vida y perpetuidad de principios, que desconcierta la anarquía y el crimen. Y así se vió en tiempos, que nada tienen de comun con nuestra degradacion, que aun las Repúblicas se han visto precisadas á imitar la acción una, y poderosa, y siempre presente de la Monarquía, dando á una Autoridad el derecho permanente de mandar, transfiriendo á los campos al Rey desterrado del foro.

¿No vemos leyes sanitarias llenas de rigor, y severidad, que amenazan, hasta con la propia muerte, á aquellos que infestados de contagio, intentan introducirse en los pueblos, que no lo han experimentado? Se vén dobles, y triples cordones de tropas, para impedir el contagio, llegando hasta la inhumanidad de dejar casi á la providencia á nuestros propios hermanos, que han sido inficionados por este azote. Pues qué ¿las malas doctrinas no son mucho mas nocivas que la peste física? Esta inficiona el cuerpo, y le dá la muerte; aquellas inficionan el espíritu, y separan de una feliz eternidad millones de almas, que deberían vivir para siempre unidas á su Dios. Parece que el mundo está condenado á una indiferencia estúpida, y que nada es capaz de sanarlo, y corregirlo. La experiencia es la que en-

seña á los hombres, y á los mas necios los corrige. ¿Y no es esta la que nos está amestrando en esta materia con hechos tan dolorosos, como ciertos? ¿No hemos visto en nuestros dias, que apenas se dió publicidad á las malas doctrinas, y á los malos libros, en solo el espacio de 26 años han perecido con la espada, y el fuego mas de 25 millones de almas? Asi lo calcula un sábio célebre de la Europa. Y desde el principio del mundo ¿ha habido alguna peste, que cause tantas ruinas y desastres? Léase la historia de las pestes, y véase si hay una cosa, que iguale, ó se asemeje á lo que hemos visto en alguna parte. La peste cesa, porque ninguna es permanente: los miasmas de ella se disipan por el aire, y por la diferencia de estaciones, pero las pésimas y ponzoñosas doctrinas ¿por qué medio se disipan? El desorden del entendimiento es una peste que no tiene cura. Esto lo hace terrible, y espantoso. Los intereses se concilian, las pasiones se calman: esta es obra del tiempo, que todo lo acaba; mas el tiempo nada puede contra el error, porque sin cesar, reanimado por las pasiones, que incesantemente produce, crece, y jamas se destruye, y por todas partes no dexa mas, que ruinas. Y sino registremos los sucesos ocurridos en 30 años. El

diente de esta ponzoñosa hydra todo lo ha devorado, desde el Trono hasta el mis indigente. Á los Reyes ha quitado su corona, á la viuda su obolo, al rico su fortuna, al pobre su cuerpo, al hombre libre su voluntad, al servidor fiel su salario, á todos los pueblos sus ornamentos, y gloria, al Estado su honor, á los Magistrados su conciencia y fidelidad, á los Ministros del Señor su autoridad, su decoro, su existencia, y el pan de cada dia. Y ¿estos desastres han cesado? La experiencia de tantos males há curado á los hombres extraviados? Esta peste parece ser de aquella naturaleza, que en los contagios jamás los Físicos han acertado, ni aciertan á conocer sus propiedades. Estos estravios, y delirios de la especie humana, dice un célebre Físico, jamás se ha logrado tengan una cura radical por mas suaves y fuertes que sean los remedios, y asi se vé que si se apaga en una parte, brota en otra inmediatamente: todos los contagiados concurren á calentarse en este foco, y á ver si pueden comunicar sus ardores á su propia patria, para producir las escenas de horror, que yá en otro tiempo há experimentado: allí se unen, allí cabellan, y desde alli introducen toda especie de escritos incendiarios, para sorprender la fidelidad de

los pueblos, y para hacer llamamientos á sus cómplices, y sectarios de sus perversas doctrinas, como si la felicidad pudiera existir sobre la tierra. Si el hombre no tuviese necesidades penosas, entonces si que sería la revolucion del mundo. Esta masa enorme de movimientos, y de trabajos, que tiene la vida por objeto, toda se ocuparía en utilidad de las pasiones, no existiría, ni sociedad, ni orden alguno. Y así, quitemos la miseria, el hambre, la sed, los duros, y penosos trabajos, y no verémos mas que crímenes sobre la tierra. Este es el orden de la providencia, del que ninguna sabiduría nos puede libertar.

¿Podrán sufrirse esas proclamas, que diariamente corren, esas afrentosas tentativas, que se hacen, para corromper el espíritu de la tropa, para que abuse de unas armas, que el Estado há puesto en sus manos para su defensa, y las convierta en su opresion: para hacerla sacrílega perjurá á su mismo Rey, al Soberano á quien há jurado fidelidad amor y defensa? ¿Podrán mirarse sin horror esos consejos pérfidos, de que la Religion no puede unirse con las costumbres de la campaña, y de la guerra, haciéndoles que desprecien la sola cosa, que les puede hacer menos temibles el yugo de la disciplina? ¿Qué puede

esperarse de un soldado, que no conoce la autoridad de Dios? ¿Podrá acaso respetar la autoridad de su Soberano y de su Gefe? Podrá esperarse de él aquella clase de valor calmado, y religioso, que inspiran la conciencia, y la obligacion, que ha contraido con Dios? En todas las Naciones cristianas, los actos de religion han sido como una de sus principales ordenanzas. Y ¿qué hemos visto en el tiempo de nuestras desgracias? El soldado temía hincar su rodilla en la presencia de Dios, porque su oficial no quería sufrir esta señal de religion. Y ¿esto no era camiar rápidamente á perder del todo la fé, y las costumbres cristianas de sus mayores, y llevar despues á su cabaña ó pueblo su incredulidad, llegando á su casa paterna convertidos en monstruos, cuando de ella habian salido hombres religiosos y cristianos, honrados y virtuosos, útiles y necesarios? Ah sombras de Cortés! volved los ojos á vuestra patria, patria de tantos héroes: ¿cuantos motivos de dolor encontrariais, vos, que al frente de vuestras tropas manifestabais, que un soldado sin temor de Dios, y que mancha sus manos con el oro y plata mal adquirida, jamas tendrá valor, ni aquel honor, y gloria que está unido á su profesion, y que es el arma que lo distingue de las demas cla-

ses, y profesiones. Allí, les decia, nuestros padres de inmortal memoria, soberbios al enemigo, siempre fueron humildes delante de Dios, y fieles subditos de su Rey. Esto ha hecho, que despues de tres siglos, los Indios quando se hallaban oprimidos, venian delante de sus sepulcros, á pedirles justicia y alivio en sus trabajos.

Las circunstancias nos hacen recordar un libro que há corrido en el tiempo de nuestras borrascas, impreso en Prusia, traducido al frances y de este al castellano, cuyo título es: *nuevo medio de inmortalizar á los Príncipes, aconsejándoles erigir sus estados en Republica ó en Gobiernos representativos*: como si dígese; nuevo medio de que los Príncipes se degüellen á si propios, y lo hagan con los pueblos, confiados por la providencia á su cuidado. Escrito es este el mas alarmante, y de los mas pérfidos, y asesinos, que pueden correr. En él se vé la adulacion mas infame, con que se pretende seducir á los Soberanos, y á los pueblos todos los Tigilines antiguos y modernos no pueden producir un curso mas completo de adulacion: de hypocresía y de bajaiza. Todo iria perdido, grita un filósofo en tono de magisterio, si el mismo hombre pudiera dar leyes, y hacerlas egecutar. Este

es el caballo de pelea del día: esto es lo que há trastornado tantas cabezas, y que tiene en delirio á tantos hombres al parecer racionales. Como si esto no fuese lo mismo que se há hecho en todos tiempos desde el principio del mundo, y lo que hán hecho todos los Soberanos, desde que há habido Reinos y Sociedades: esto es lo que hace el padre de familia en su sociedad doméstica. Esta union de la voluntad, de la fuerza y del juicio es el órden necesario, é inmutable de la naturaleza: por el entendimiento se podrán separar estas facultades, pero jamás por el hecho. ¡Estraño Legislador, que no pudiendo hacer, egecutar su voluntad, dependería de la de otro! Tales teorías no son sino el primer paso del sistéma revolucionario, para hacer, en una palabra, del pueblo el Soberano, y de este el Servidor: hacer un monstruo con dos cabezas, que se combatan la una á la otra sin cesar. Este espíritu constitucional es en el día el delirio de la razon. La revolucion habia pasado los mares, estableciéndose sobre las ruinas de unos países, que habian sido dichosos por espacio de tres siglos. La presencia de algunos de sus Príncipes parece, que devia haber sido un motivo de tranquilidad, y un medio para libertarse de los ma-

les, que les han sobrevenido; pero no ha sucedido asi. De allí nos ha venido una constitucion, desconocida á la Europa civilizada. Esta en sus extravios habia dividido el poder y la libertad suprema del Rey en tres pedazos; pero la nueva, ya lo divide en cuatro, no quedando á la autoridad Real mas que la funcion de un Lictor á las órdenes de un Dictador. Reflexionemos con un espíritu tranquilo, si es posible, quien embia esta fineza, á quien viene cometida, y busquemos nuestro consuelo en el seno de un Dios, á cuyo cargo está la felicidad, ó ruina de las naciones. No olvidemos, que el cetro y manto Real del Rey de Reyes fué dividido en muchas pedazos por un pueblo extraviado, y sedicioso, la víspera del dia en que habia de dominar á todas las Naciones.

La historia presente nos dá los egemplos mayores. Donde tal gobierno subsistió, no hay mas que revolucion permanente, y un peligro que sin cesar amenaza al Estado. Miremos lo que pasa al norte y al medio día: sino corre sangre en abundancia ¿podrémos creer que no correrá? No perdamos de vista, que el Senado de Roma fué el que dió gracias á Nerón, por haber asesinado á su madre, y que solo un filósofo pudo

justificar este parricidio: que Yugurta se lamentaba de no tener dinero para comprar á Roma. Recordemos lo que há pasado en una Isla cercana en la que floreció la fé católica por espacio de 600 años, y yá ha sido desterrada de ella, y olvidada del todo. No olvidemos los acontecimientos, que hémos visto, y otros muchos que acaso podemos ver, si nos entregamos á una tranquilidad, y egoísmo, mucho mas perjudicial, que la misma guerra.

Este es el siglo de las ficciones. No hay cosa que no se pinte con los colores, que se le quiere dar, así en lo moral como en lo político. Destronár á un Rey, se dice que es afirmar su corona: esclavizar á un pueblo, es darle libertad: el crimen, por mas horroroso que sea, se viste con todos los trages, para ocultar su monstruosidad y fealdad. El bien de la nueva filosofia es futuro, y nada de presente: condenar la generacion presente á desastres y ruinas, y prometer bienes á la futura, que no sabemos si existirá. ¡ Escelente logica, desconocida á los hombres de todos los siglos, y que estába reservada, para estos filósofos! sus frutos, ellos saben muy bien recogerlos; pero como siempre son emponzoñados, con ellos reciben la muerte que no esperaban.

Gracias á la divina Providencia, que há liber-

tado á nuestro Rey, segun nos lo asegura, de un lazo en que la Sociedad, el Trono y el Altar hubieran sido victimas de estas crueles asechanzas, y hubiera vuelto á ser comprometida nuestra nacion en peligros, acaso mas espantosos, que los que hemos experimentado, y de los que nos há libertado la misericordia de Dios.

Sacerdotes y Cooperadores de nuestro Ministerio! No perdamos de vista cuantos honrrados Españoles hán sufrido la miseria, el infortunio, y el sacrificio de sus bienes y de su vida por su Religion y su Príncipe. No perdamos de vista que esta indiferencia, que se advierte en el siglo á vista de los peligros, há ganado á muchos entre los depositarios de la ciencia Sagrada. Es verdad que se nos dice, que el Santuario de la política está cerrado al Sacerdocio, como si en las disputas, vecinas á la fé, los Custodios de ella debieran esponerse al peligro de perderla, y hacerla perder á la Grey confiada á su cuidado: como sino nos dixese un S. Juan Crisóstomo, cuya sabiduría, y elocuencia es mas ilustrada, que la de todos los filósofos, que si los Sacerdotes usasen bien de su empleo, si su egemplo virtuoso, y sus claras razones moderasen las pasiones de los pueblos, como es de su obligacion, nada tendrían

que hacer las leyes civiles, ni los Magistrados, ni la fuerza armada; nunca se vería un crimen, nunca la Sociedad sería afligida ni turbada y parecería, que Dios acababa de formarla en el paraíso....

La revolucion francesa, manchada con tantos crímenes horribles, há manifestado en toda su carrera, un gran triunfo á la Religion Católica, y sobre todo, há probado la fidelidad de su Clero: pues siendo tan numeroso, apenas se ha visto uno que abandone su fé, por salvar su vida y sus bienes. Todos cuantos infortunios puede causar la rabia infernal, todos cayeron sobre ellos. Fueron los mas desgraciados de los hombres, pero los mas felices de los cristianos. Mas de cien mil esparcidos por todo el globo sostuvieron la fé de Jesu-Cristo, y los Tronos con sus admirables escritos. Llenos de cicatrices, y con toda la constancia de los Confesores, han vuelto á su pais, aquellos á quienes Dios há reservado la vida, para seguir su vocacion, hacer frente á la perversidad, y crear una nueva clase de Levitas, como otros nuevos Elías, para que comuniquen su celo apostólico, reanimando la fé casi perdida en muchos, y dando nuevos consuelos á la Iglesia de Jesu-Cristo, y nuevas pruebas de que no son ni los diezmos, ni las primicias, ni las riquezas (por

que todo lo hán perdido), ni los bienes de la tierra, los que les hacen obrar, sino el espíritu de la fé para la salvacion de las almas; porque serémos desgraciados, y los pueblos lo serán tambien, si aquellos que deben ser egeemplo de todas las virtudes, solo manifiestan el vicio, y son sus conductores. Cuando el escándalo sale del santuario, es semejante á un contagio que todo lo invade, corrompe, y destruye. Los pueblos serán desgraciados y sobre todo los Ministros, por quiénes el escándalo Sucede: Entonces les sería mejor, nos dice la Eterna Sabiduría, ser precipitados al mar con una rueda de molino al cuello, que ser causa de semejantes males.

En medio de la amargura de nuestro Ministerio, y de tantos motivos de dolor, Nos sirve de consuelo la conducta de nuestro Clero, y su celo por la causa de Dios, y de su Rey. El no se há manchado, ni sido motivo de escándalo á los pueblos: no ha protegido ni autorizado las malas doctrinas. El há sufrido con una resignacion heróica las persecuciones, los ultrages, las mofas y sarcasmos; pero Dios le há favorecido para emprender nueva carrera, hacer frente al vicio, y reanimar el celo por la extirpacion de los malos libros. Por lo mismo esperamos de su vigilancia,

que en el púlpito y confesonario inspirarán la obligación, que tienen todos los fieles, de entregarlos, si los tienen, y delatar á los respectivos superiores, á aquellos que los tengan: inculcandoles las excomuniones, lanzadas por la Cabeza de la Iglesia, y por los Obispos, y haciendoles ver lo terrible de las penas, establecidas por la misma Iglesia, y por el Rey. No es posible hacer en esta carta una enumeracion de todos los libros impíos que circulan; pero por un Edicto particular publicaremos, los que hayan llegado á nuestra noticia, y los que convengan, del espurgatorio de Roma publicado en el año de 1826 que seguramente es asombroso. En ellos son atacados todos los dogmas de nuestra Santa Religion, la autoridad de la Iglesia, su moral santo, sus ritos y ceremonias, la legitimidad de los Príncipes, la de los Magistrados, la impugnacion en fin de todo lo que nos enseña el Evangelio. Romances obscenos, é impuros, pinturas escandalosas, proclamas subversivas, asi contra la Religion, como contra el Estado, todos los instrumentos, adecuados, para desmoralizar á los fieles de todas clases, y repetir sus escenas de horror. Dios, y el Rey han puesto á nuestro cuidado el conservar la moral pública, sin la que no puede haver Sociedad,

ni essistir Imperio alguno.

Sacerdotes del Señor! Penetrémonos de aquella fé, que todo lo vence, y todo lo alcanza, segun el Apóstol. El Sacerdote en todo tiempo há sido un hombre de paz, que se compadece de todas las debilidades, como de todas las miserias; pero él es igualmente un Ministro de Dios y un Vasallo del Rey, á quien está encargado defender la Religion y combatir por ella, como por el Trono, que la protege y defiende. Si alguna vicisitud nos prohibiese enseñar; la doctrina Sagrada, nos dice, que es mejor obedecer á Dios que á los hombres. Preparado á todo, y tranquilo, ó bien se nos persiga, ó se nos ultrage, entonces es cuando principiarnos nuestro ministerio, siguiendo el egemplo del Apóstol, que sin quejarse, sufría por su Maestro los trabajos, los peligros, las prisiones, y la muerte: contaba con alegría sus llagas y cicatrices, y en ellas hacía consistir toda su gloria: aborrecido é insultado, entonces amaba mas y bendecía: y si se le llevaba al suplicio, perdonaba; siempre era vasallo del Cesar, y al Cesar recurría en todas sus aflicciones, y defendía al Trono del Cesar con su doctrina, y egemplo. Y asi, donde quiera que haya un campo Realista, alli debemos nosotros plantar

nuestra tienda ; pero ella debe cubrirse con la Cruz , y con ella reanimar á los Fieles , y al mismo tiempo recibir á los que se pasen , y no sean de aquellos , de quienes dice el Espíritu-Santo , que se han afirmado en su perversidad , *firmaverunt sibi sermonem nequam*. Nosotros nada tenemos , que temer de los Príncipes de la tierra , porque su casa y la de la Religion van siempre unidas . El que desprecia la autoridad de Dios , rápidamente camina á despreciar la del Rey . Sin religion , y virtudes no puede haber Realismo . Tenemos un Príncipe , que há heredado la Religion de S. Fernando y de S. Luis : él es el que nos convida á esta guerra sagrada : su proteccion , y su celo nos reaniman , para redoblar el nuestro , afirmar el Reyno del Señor , que há sido siempre la felicidad de nuestra España por tantos Siglos , imitando en esto á los Torcuatos .

Si Torcuato , Pontífice Santo Desde lo alto de vuestro Trono á donde os han elevado vuestras heroicas virtudes , fixad vuestras protectoras miradas sobre esta humilde Iglesia de Guadix (que en los dias mas amargos Nos há sido confiada siendo como somos , indignos de ser vuestro Sucesor) : Ella fué la primera en la carrera de vuestros triunfos : Su antigua veneracion por vues-

tra memoria se conserva, aun, indéléble en el corazon de sus fieles hijos: Vuestro nombre consolador es proclamado por los niños, que apenas saben hablar: Esto es para ella un título poderoso para vuestra proteccion, y jamas la habéis desamparado en los dias de su amargura. Vos plantásteis en ella la fé, y la regasteis con vuestra sangre; haced que ella se avive en sus hijos, y resucite aquel valór, tan distinguido, con que arrojó de su seno las últimas reliquias del mahometismo, que es y será siempre toda su gloria. Si, Santo Prelado; Si hay algun decreto de la Providencia de Dios, para que la fé se extinga, ó emigre á otros paises, haced que se revoque, y cuando esto no pueda realizarse, por ser yá absoluto el decreto, á lo menos haced que este sea el último, que pierda este depósito Sagrado, que vos le dejásteis. El teme, y yo temo: pues las Iglesias, que tenemos á la vista, donde predicaba el grande Agustin, y el elocuente Cipriano, hán dado sus gritos y están actualmente en silencio y quizá quizá.....; pero no: Vos fuisteis el primer Apóstol de nuestras Españas, vos renovaréis vuestras antiguas victorias, enjugaréis las lágrimas de esta Madre consumida de dolor, de

esta triste Raquel que llena de afliccion , llora sin consuelo la pérdida de muchos de sus hijos que ingratos dicen á Dios: » Separaos de nosotros porque no queremos seguir la sabiduría de tus caminos." *Dixerunt Deo: Recede á nobis: Scientiam viarum Tuarum nolumus.* Vos la edificasteis y la habeis defendido contra todos los poderes de la tierra y del infierno; Salvadla ahora que se halla amenazada por la impiedad , pues ella ós reconoce por su Santo Fundador. Interceded con Dios por Nuestro Soberano y Familia Real , cuya fé há sido probada con todo el lleno del mas amargo , y con todas las pruebas de la fidelidad. Abunde en nosotros por vuestra intercesion una fé profunda , universal , y viva , pues sin ella no gozaremos tranquilidad en esta vida , ni poseerémos la Eterna , que es la que á todos ós deseamos , y en nombre del Señor ós damos nuestra bendicion Pastoral.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Guadix firmada de nuestra mano , y refrendada del infrascripto nuestro Canónigo Secretario de Cámara y Gobierno á vein-

(51)

te de Enero de mil ochocientos veinte
y siete. =

Juan José, Obispo de Guadix.

Por mandado de S. E. el Obispo mi Sr.

L.^{do} D. Diego Contreras.

Secretario.

21-10-1941